

Y el que los campos pasea,
Cuando la vista derrama
Y en vosotros la recrea,
Flores malditas os llama
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente
Que coronas perfumadas
Teje al amor, sonriente,
Entre sus trenzas doradas
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena
Hacia el baile bullicioso,
Donde con s6n cadencioso
Melanc6lico resuena
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la umbrosa
Fronda, donde misteriosa
La voz de su bien querido
Suena m6s grata en su o6do
Que la flauta cadenciosa.

EL REGRESO

I.

¡Ay! en mi vida ha brillado
Una imagen de ventura;
Mas la imagen se ha borrado,
Y otra vez abandonado
Camino entre noche oscura.

Al niño llena de espanto
La sombra con sus horrores,
Y alza en su miedo su canto,
Para esconder bajo el manto
De su canción sus temores.

Yo también, niño inocente,
Canto entre la sombra fría:
Si en mi voz no hay armonía,
Borra, al menos, de mi frente
La negra melancolía.

II.

No sé lo que decir quiere
 Esta sombría tristeza;
 Hay un cuento muy antiguo
 Cuyo recuerdo me apena.

Es fresco el ligero viento;
 La noche sombría llega;
 El Rhin corre silencioso,
 Y los picos de la sierra
 Devuelven del sol poniente
 Las claridades postreras.

En la altura está sentada
 La más hermosa doncella;
 Fulguran sobre su cuerpo
 Doradas y ricas telas,
 Y peina sus rizos de oro
 Con sus manos de azucenas.

Con rico peine de oro
 Peina su áurea cabellera,
 Mientras en sus labios rojos
 Alegre canción resuena,
 Canción de extraño prestigio
 Y melodías siniestras.

En su barca, el marinero
 Siente inconsolable pena;
 No ve los golfos traidores,
 No ve las traidoras peñas,
 Ve sólo la hermosa virgen
 Sentada sobre la sierra.

Yo creo que, al fin, las ondas,
 Marino y barca ligera
 Se engulleron y llevaron
 A sus sombrías cavernas,
 Y que fueron el motivo
 De aquella desdicha inmensa
 De Loreley las canciones
 Melodiosas y siniestras.

III.

Mi corazón está triste,
Tengo el corazón cansado,
Aunque en el cielo fulguran
Los resplandores de mayo.

Melancólico me apoyo
Sobre un tilo solitario,
De la desierta explanada
En el recinto plantado.

Silencioso, azul, tranquilo
El río corre allá abajo;
Un niño sobre una barca
Recorre su caudal manso,
Una canción melancólica
Indiferente silbando.

Más allá de la corriente,
De la corriente á otro lado

Se unen en bello conjunto
Los jardines, los palacios,
Y los hombres y los bueyes,
Y la enramada y los prados.

Extienden dos lavanderas
Ante el sol sus lienzos blancos;
Y del agua del molino,
Que el sol convierte en topacios,
Hasta mis tristes oídos
Llegan los ecos lejanos.

Se alza una garita encima
De un torreón agrietado,
Y un guardia, con rojo traje,
Sobre el glácis solitario
Va y viene con paso lento,
Viene y va con lento paso.

Con el fusil se entretiene,
Que brilla ante el sol dorado.
Presenta el arma luciente,
La extiende hacia mí apuntando:
¡Quisiera que me tendiese
De un tiro, muerto en el acto!

IV.

Cruzo llorando la floresta umbría:
 El tordo entre las ramas
 Canta con dulce voz:—«¿Por qué tan triste,
 Tan triste está tu alma?»—

—«Te lo dirán las negras golondrinas,
 Las negras golondrinas tus hermanas;
 Ellas que hicieron sus pequeños nidos
 En los balcones de mi dulce amada.»—

V.

La noche es húmeda y fría;
 Silba con furor el viento,
 Y no brillan las estrellas
 Sobre las playas del cielo.
 Bajo los árboles altos
 Que bate el soplo del cierzo,
 Por el fondo de la selva
 Voy caminando en silencio.

Fulgura una luz lejana,
 Una luz brilla á lo lejos,
 Pero hacia el sitio en que brilla
 No me lleva su reflejo:
 Hay tal tristeza allá abajo,
 Que invade mi mente el miedo.

La abuela anciana, sentada
 Está en su sillón de cuero;
 Siniestra como una estatua

De granito, del silencio,
Ni una palabra tan sólo
Murmuran sus labios secos.

El hijo del guardabosque,
Mozo de rojos cabellos,
Por la estancia se pasea:
Cuelga su fusil del negro
Muro, é insolente ríe
A carcajadas, colérico.

La bella hilandera llora;
Mojan el cáñamo seco
Sus lágrimas: á sus plantas,
Aullando, se tiende el perro
Que un día siguió los pasos
Del anciano padre muerto.

VI.

Cuando á mi regreso encuentro
La familia de mi amada,
Alegres me reconocen
Sus padres y sus hermanas.

Por mi salud me preguntan,
Y me dicen que mi cara
Está lo mismo, tan sólo
Con la calor más quebrada.

Yo pregunto por las tías,
Por las parientas lejanas,
Y hasta por aquel cachorro
Que dulcemente ladraba.

Pregunto también por ella,
Con otro ¡cielos! casada,
Y que ya recién parida
Me dicen, ¡oh Dios! se halla

Les felicito, y sonrío,
Mientras mi voz les encarga
Le hagan presente el saludo
Y la efusión de mi alma.

Dice en tanto la hermanita:
—«Creció el perro, le entró rabia,
Y fué necesario entonces
Del Rhin arrojarle al agua.»—

Se parece la pequeña
Cuando sonrío á su hermana,
Y tiene los mismos ojos
Que mi desventura labran.

VII.

Del pescador sentados en la ruिनosa choza
Mirábamos atentos el azulado mar;
Las brumas de la tarde en alas de la brisa
El cielo recorrían en su carrera audaz.

Las aguas, poco á poco, de la llanura inmensa
Los faros alumbraron con su indecisa luz,
Y rápido en las sombras de la extensión lejana
Cruzó un bajel ligero por la llanura azul.

Hablamos de tormentas y hablamos de naufragios
Hablamos del marino y de su vida audaz,
Vida que airadas mecen las aguas y los cielos,
Vida en que marchan juntos el goce y el pesar.

Hablamos de países lejanos y remotos
Del Sur y el Norte frío, y llenos de interés,
Hablamos de los hombres que pueblan tales climas
De sus costumbres raras, de su ignorado ser.

Hay junto al Ganges sacro, aromas y fulgores,
Gigantes arboledas alumbra el claro sol,
Y hermosos hombres clavan en tierra sus rodillas
Y al loto azul adoran con santa devoción.

Son los lapones sucios, pequeños y asquerosos,
De bocas no medidas y de aplastada sien.
Al fuego se calientan y cuecen su pescado,
É imbéciles y necios golpéanse después.

Oíannos las jóvenes con gravedad profunda,
Y al cabo en el silencio perdióse nuestra voz;
Había ya la nave de nuestra vista huido,
Y el cielo no alumbraban ni un astro ni un fulgor.

VIII.

Trae, hermosa pescadora,
Tu navecilla á la playa;
Siéntate, niña, á mi lado;
Tu mano á mi mano enlaza;

Esconde sobre mi pecho
Tu cabecita adorada;
Tú que sin pavor tu vida
Confías á la mar brava.

Mi corazón, cual los mares,
Tiene escollos y borrascas,
Pero duermen en su fondo
También perlas argentadas.

IX.

Se eleva la triste luna
 Iluminando las aguas;
 Entre mis brazos estrecho
 Con pasión á mi adorada,
 Y nuestros dos corazones,
 Presa de amorosas ansias,
 Laten juntos, confundiendo
 En una sola dos almas.

En los brazos de la hermosa
 Descanso solo en la playa.
 «¿Qué crees tú escuchar del viento
 En la voz que suena airada?
 ¿Por qué estremecida tiembla
 Tu pequeña mano blanca?

--Lo que escucho no es del viento
 La voz áspera y extraña;
 Son de las marinas vírgenes

La canción y las plegarias,
 De las vírgenes marinas,
 De mis perdidas hermanas
 Que no hace mucho tragarón
 Del mar las ondas amargas.»

X.

El viento su trompa suena;
La tromba con rudos golpes
Azota las verdes ondas,
Que á su castigo responden
Con aullidos lastimeros
Y con mugidos feroces.

Desde las nubes sombrías,
Torrentes de lluvia corren;
Parece que entre el concierto
De inarmoniosos acordes
Al viejo Océano quiere
Tragarse la vieja Noche.

Sobre el mástil la gaviota
Detiene su vuelo torpe,
Dando gritos lastimeros
Que el éter surcan veloces.

Nuevas angustias le agitan,
Y á presagiar se dispone
Otro duelo y otras penas
Y otras desdichas mayores.

XI.

La tempestad se mece juguetona
Y gruñe, y ruge y canta.
Terriblemente alegre está la noche,
¡Cómo el bajel sobre los mares danza!

Rompiendo el mar sus líquidas cadenas,
Como viviente monte se levanta;
Aquí se abre un abismo,
Cual blanca torre allí las ondas se alzan.

Bajo cubierta escúchanse gemidos,
Gritos y maldiciones y plegarias;
Yo atado al fuerte mástil digo en tanto:
—¡Oh, quién se viera en mi segura casa!

XI.

Llega la noche; la bruma
El mar cubre con su manto;
Murmuran las verdes ondas
Con ecos dulces y extraños,
Y una sombra se levanta
Sobre el mar abandonado.

Es el hada de los mares
Que abandona su palacio:
En la solitaria playa
Se sienta amante á mi lado,
Sus blancas espaldas brillan
Entre velos mal cerrados.

Me abraza tierna, y me estrecha
Con tal ardor en sus brazos,
Que sus caricias amantes,
Casi, casi me hacen daño:
«Hada hermosa de los mares,
Me estrechas ¡ay! demasiado.

—Si mis brazos te aprisionan,
Si con tal ardor te abrazo,
Es que quiero cobrar vida
Con tus besos abrasados;
Está la noche tan fría
Que tengo mi cuerpo helado.»

La luna sobre las nubes
Asoma su rostro pálido.
«Hada hermosa de los mares,
Tu mirada se ha turbado,
Y están tus ojos tan húmedos
Cual si los mojara el llanto.

—No están mis ojos, bien mío,
Más húmedos ni turbados;
Es que al salir esta noche
De los abismos amargos,
Una gota de las ondas
Pendiente quedó en mis párpados.

Las gaviotas en el viento
Lanzan gritos de quebranto;
El mar se estrella rugiendo
Sobre los bajíos ásperos.
«Hada hermosa de los mares,
De los mares azulados,
Salvajes latidos mueven
Tu corazón agitado.

—Mi corazón se estremece

Con latidos agitados,
Porque tanto yo te adoro,
Porque yo te adoro tanto,
Descendiente venturoso
De Adán, que mis pobres labios
Expresarte no podrían
Cuánto, mi bien, te idolatro.»

XIII.

Cuando paso, mi bien, enamorado
 Delante de tu casa,
 Soy feliz si contemplo tu semblante
 Brillar en tu ventana.

Con tus oscuros ojos me contemplas
 Cual queriendo sondar tu corazón.
 ¿Quién eres? ¿Por qué sufres, extranjero,
 Cuyo rostro la pena entristeció?

«Yo nací en Alemania, y soy poeta
 En la tierra alemana conocido:
 Cuando citan los nombres más gloriosos
 Citan también el mío.

»Por lo que sufro yo, sufren, bien mío,
 Muchos también en alemana tierra;
 Cuando citan las penas más amargas,
 Citan también mis penas.»

XIV.

Del sol al último rayo
 Fulgura la mar lejana,
 Y sentados entretanto
 Delante de la cabaña
 Del pescador, silenciosas
 Palpitaban nuestras almas.

Se alzó la bruma, é hincharon
 Su seno las ondas claras;
 Volando, el sereno cielo
 La gaviota cruzaba,
 Y ví que tus llenos ojos
 Vertían amantes lágrimas.

Las ví brillar en tus ojos
 Y mojar tu mano blanca,
 Y de amor desvanecido
 Caí, mi bien, á tus plantas.
 Apreté mis labios secos

Sobre tu mano nevada,
Y enamorado y demente
Bebí tus ardientes lágrimas.

Desde aquel funesto instante,
Desde aquella hora menguada,
Consumido está mi cuerpo
Y arde en deseos mi alma.
¡Aquella mujer hermosa
Me envenenó con sus lágrimas!

XV.

Se alza un castillo del monte
En la elevada región;
Tres doncellas allí viven;
De las tres probé el amor.

Jetta el sábado fué mía,
Dióme Julia el corazón
El domingo, y Cunegenda
El lunes me acarició.

Sin embargo, grande fiesta
En la risueña mansión
De mis tres bellas amantes
El martes se celebró.

En caballos y en carruajes
A la alegre reunión
Galanes y hermosas damas
El vecindario llevó.

Pero yo por mi desdicha
No recibí invitación,
Y en verdad que os portasteis
Bien neciamente, por Dios.

Tías y primas mi falta
Comentaron con ardor,
Y al notar que allí no estaba
Todo el mundo se rió.

XVI.

Del horizonte en el confín lejano,
Como capricho instable de la bruma,
Ante la luz incierta del crepúsculo
La ciudad con sus torres se dibuja.

Un viento frío y suave mueve y riza
Del río azul la superficie turbia,
Y mueve mi patrón sus largos remos,
Que en el agua cansados se sepultan.

Aun una vez el sol con rayos de oro
El denso seno de la sombra cruza,
Y me muestra el lugar donde perdiera
Lo que adoró mi mente con locura.